

¿Quién hizo la pregunta?

—Hay que abandonar el proyecto del libro.

—¡No, Arthur!

—Quizá sólo temporalmente, pero, de momento, hay que dejarlo. Necesito tiempo para pensar.

Los tres fideicomisarios, que se encontraban en la espaciosa sala de visita del ático, empezaron a levantar la voz, rompiendo así un ambiente que en ningún momento había sido puramente de reunión de negocios. Se trataba, no obstante, de una reunión de negocios de los tres únicos socios de la recién creada Fundación Cornish para la Promoción de las Artes y las Humanidades. Arthur Cornish, que se paseaba de un lado a otro, era indiscutiblemente un hombre de negocios, todo un presidente de consejo de administración en el mundo de las finanzas, aunque tenía otros intereses que habrían asombrado a sus colegas profesionales, si él no se hubiera preocupado de mantener su vida cuidadosamente compartimentada. El reverendo Simon Darcourt, sonrosado, rollizo y ligeramente bebido, era exactamente lo que aparentaba: un clérigo académico acorralado en un rincón. La que menos se parecía a un fideicomisario era Maria, la mujer de Arthur, quien iba descalza, al estilo gitano, y llevaba una bata que, de no haber sido confeccionada por el mejor modisto y con el mejor paño, habría resultado chillona.

12 ROBERTSON DAVIES

Existe la falsa idea de que las mujeres son pacificadoras, y como tal intentaba ejercer Maria en esos momentos.

—Y todo el trabajo que ha hecho Simon hasta ahora, ¿qué?

—Nos precipitamos... al encargarle el libro, quiero decir. Deberíamos haber esperado a ver con qué nos encontrábamos.

—Quizá lo que ha salido a relucir no sea tan grave como parece, ¿verdad, Simon?

—No lo sé. Eso deben decirlo los expertos, pero podrían tardar años en hacerlo. Yo sólo tengo sospechas. Lamento habérselas comunicado.

—Ya; sospechas de que algunos dibujos de un gran maestro que mi tío Frank legó a la Galería Nacional son falsificaciones suyas. ¿Te parece poco?

—Podría ser embarazoso.

—¿Embarazoso? Admiro tu sangre fría. ¡Un hijo de una de las más importantes familias financieras de Canadá podría ser falsificador de cuadros!

—Te pones neurótico con los negocios, Arthur.

—Sí, Maria, y con toda la razón. No hay negocio más neurótico, caprichoso, temeroso hasta de su sombra y completamente lunático que el del dinero. Si se demuestra que un miembro de la familia Cornish es un estafador, el mundo de las finanzas nos pondrá a todos en entredicho. Sacarán chistes sobre mí en los periódicos: «¿Compraría usted una obra maestra a ese hombre?». Cosas por el estilo.

—Pero tu tío Frank nunca tuvo relación con las finanzas.

—No importa. Era un Cornish.

—El mejor de todos.

—Es posible, pero si es un estafador, todas sus relaciones con los bancos se resentirán. No hay libro, lo siento.

—Arthur, te estás comportando como un tirano.

—De acuerdo.

—Porque estás asustado.

—Y con toda la razón. ¿Es que no te has enterado? ¿No has oído lo que Simon nos acaba de decir?

—Creo que he llevado todo este asunto con gran torpeza —dijo Simon Darcourt, abatido; estaba casi tan blanco como el alzacuellos que llevaba—. En primer lugar, no tenía que haberos hablado de mis sospechas, porque no son más que eso, ¿verdad? Haced el favor de escucharme: quiero contaros lo que me preocupa en realidad. No se trata únicamente de la pericia de tu tío con el lápiz. Se trata del libro entero.

»Soy disciplinado en el trabajo, no pierdo el tiempo esperando que llegue la inspiración ni demás zarandajas: yo me siento al escritorio con un montón de notas y me pongo a convertirlas en prosa. Este libro, sin embargo, se me retuerce entre las manos y cambia de dirección como una varita de zahorí. ¿Será que el espíritu de Francis Cornish no quiere que se escriba su biografía? Era el hombre más reservado que he conocido en mi vida. Nadie pudo sacarle nunca gran cosa en el terreno personal, salvo en dos o tres casos, de los que Aylwin Ross fue el último. Se creía que Francis y Ross eran amantes homosexuales, como bien sabréis, ¿no?

—¡Santo Cielo! —exclamó Arthur Cornish—. Primero sospechas que falsificaba cuadros, ¡y ahora dices que era maricón! ¿Nos tienes reservada alguna sorpresita más, Simon?

—Arthur, no seas tonto ni vulgar —dijo Maria—; sabes perfectamente que la homosexualidad no es una moda mal considerada en la actualidad.

—En la Bolsa, sí.

—¡Al cuerno la Bolsa!

—Queridos míos, por favor —dijo Darcourt—, no discutáis y, si me lo permitís, no os peleéis tontamente por trivialidades. Hace dieciocho meses que trabajo en la biografía, pero no he sacado nada en limpio. La amenaza de abandonar el proyecto no me asusta, Arthur. Yo mismo me lo he planteado. Como te digo, no puedo continuar sencillamente por falta de datos.

Arthur Cornish poseía un instinto humano perfectamente desarrollado para instar a cualquiera a actuar aun en contra de su voluntad.

—Eso no es propio de ti, Simon —dijo entonces—; no eres de los que tiran la toalla.

—No, Simon, por favor, ni te lo plantees, siquiera —dijo Maria—. ¿Cómo vas a perder dieciocho meses de investigación? Eso no es más que un momento de desaliento. Tómate un trago, hombre, déjate animar.

—Me lo tomo encantado, pero quiero que sepáis la coyuntura en la que me encuentro. No es sólo miedo de autor. Escuchadme, por favor, que el asunto es grave.

Arthur ya estaba sirviendo copas para los tres. Puso ante Darcourt un vaso de whisky escocés con sólo unas gotas de soda y se sentó en el sofá al lado de su mujer.

—Dispara —dijo.

Darcourt tomó un trago largo para darse ánimos.

—Os casasteis unos seis meses después de la muerte de Francis Cornish —dijo—. Una vez repartidas todas sus propiedades, descubrimos que tenía mucho más dinero del que se suponía...

—Sí, por descontado —dijo Arthur—. No creíamos que poseyera más que su parte de la herencia de su abuelo y lo que le había dejado su padre, que pudo haber sido bastante sustancioso. Nunca tuvo interés en los negocios de la familia y casi todos lo considerábamos un excéntrico: un hombre que prefería pasar el rato con sus colecciones de arte a ser banquero. Yo era el único pariente que tenía una idea del porqué. La banca no resulta muy agradable, si no te entusiasma bastante, aunque a mí sí y por eso ahora soy presidente del consejo de administración. Él tenía fortuna más que suficiente: unos cuantos millones, pero desde su muerte no han dejado de aparecer pingües cantidades en lugares inesperados. Por ejemplo, tres auténticas fortunas en cuentas numeradas de Suiza. ¿De dónde lo sacaba? Sabemos que cobraba tarifas elevadas por validar obras maestras a los comerciantes y coleccionistas particulares, pero ni aun así pueden justificarse tantos millones de más. ¿En qué estaría metido?

—Calla, Arthur —dijo Maria—. Dijiste que dejarías hablar a Simon sobre su problema.

—¡Ah, lo siento! Continúa, Simon. ¿Sabes de dónde procede tanto dinero inesperado?

—No, pero no es lo más importante que ignoro. Sencillamente, no sé quién era Francis Cornish.

—¡Ah! Tienes que saberlo, es decir, existen hechos verificables.

—Así es, desde luego, pero no aclaran nada sobre el hombre a quien conocimos.

—Yo no lo conocí en absoluto, no llegué a verlo ni una sola vez —dijo Maria.

—Yo no lo conocía, en realidad —dijo Arthur—. Lo vi unas cuantas veces, de niño, en reuniones familiares, aunque no solía acudir con frecuencia; no parecía encontrarse a gusto con la familia. Siempre me daba dinero, pero no la típica propina de diez dólares que un tío le da a un sobrino: me pasaba un sobre a escondidas, casi siempre con cantidades de hasta cien dólares; toda una fortuna para un escolar que estaba aprendiendo a respetar el dinero y a conocer el verdadero valor de un dólar. Y me acuerdo de otro detalle: nunca daba la mano.

—Yo lo conocía mejor que cualquiera de vosotros y nunca me dio la mano —dijo Darcourt—. Nuestra amistad se basaba en nuestra común afición por algunas manifestaciones artísticas, como la música, los manuscritos, la caligrafía y otras por el estilo; lógicamente, me nombró uno de sus albaceas, pero lo de dar la mano, Frank nunca. Es más, en una ocasión me contó que lo aborrecía. Decía que, cuando tocaba una mano ajena, se le quedaba pegado un olor a mortalidad. Si alguna vez no podía por menos de hacerlo, porque el otro no captaba sus claras señales de rechazo, salía disparado a lavárselas tan pronto como podía. Conducta compulsiva.

—¡Qué curioso! —dijo Arthur—. A mí siempre me pareció bastante sucio.

—No se bañaba mucho. Cuando fuimos a examinar sus cosas, nos encontramos con tres apartamentos y seis cuartos de baño en total: todas las bañeras estaban hasta arriba de paquetes con cuadros, bosquejos, libros, manuscritos y yo qué sé qué más. No sé si los grifos funcionarían, después de tantos años en desuso, pero

había dejado un lavabo pequeñito, un simple armario al lado de una entrada, donde llevar a cabo sus inacabables abluciones de manos. Las tenía siempre blancas como la nieve, aunque, por lo demás, despedía un olorcillo general.

—¿Eso... piensas escribirlo?

—Desde luego. No olía mal, sólo a libro viejo encuadernado en piel.

—Resulta bastante entrañable —dijo Maria—, un estafador que huele a libro viejo. Suena a hombre del Renacimiento, pero sin vino ni esgrima.

—Lo de «sin vino» es cierto —dijo Darcourt—. No bebía... al menos en su casa. A veces tomaba una copa e incluso varias, si invitaba otro. Era avaro, la verdad.

—Esto mejora por momentos —dijo Maria—: un estafador ta-caño que huele a libro. Estoy segura de que puedes escribir una bio-grafía maravillosa, Simon.

—Calla, Maria, controla esa romántica pasión tuya por los gra-nujas. Son manifestaciones de su sangre gitana —dijo Arthur a Dar-court.

—¿Queréis hacer el favor de callaros y dejarme seguir con lo que tengo que deciros? —dijo Darcourt—. No pretendo escribir un libro sensacionalista, sólo quiero cumplir lo que me pedisteis hace casi dos años, es decir: preparar una biografía del difunto Francis Cornish bien fundamentada, erudita y, a poder ser, no mortalmente plomiza, como primera iniciativa de la recién creada Fundación Cornish para la Promoción de las Artes y las Humanidades, de la que vosotros dos y yo somos, hasta el momento, los únicos direc-tores. Y no digas que me lo has «encargado», Arthur. Aquí, ningún dinero ha cambiado de manos ni se ha redactado contrato alguno. Ha sido un acuerdo amistoso, no un asunto de dinero. Pensaste que un libro agradable sobre tu tío Frank sería un buen primer paso para una loable fundación consagrada a las bellas cosas que, según creías, representaban a tu tío. Una típica iniciativa de complaciente finura canadiense. Sin embargo, yo no encuentro todos los datos que necesito para el libro, pero con algunos de los que no puedo do-

cumentar debidamente se podría escribir uno que causaría escándalo, como temas justificadamente.

—Y mancillaría el apellido Cornish y la Fundación —dijo Arthur.

—Respecto al apellido, no sé qué pasaría, pero si la Fundación regalase dinero, no creo que ningún artista ni erudito se preocupara por su procedencia —dijo Darcourt—. Ni los unos ni los otros tienen escrúpulos morales, en lo tocante a dinero para becas, y las aceptarían aunque procediesen de una casa de prostitución infantil, como descubriréis, par de inocentes.

—Simon, esa copa debía de estar cargadísima —dijo Maria—. Estás empezando a intimidarnos. ¡Bien hecho!

—En efecto, estaba cargada y quiero otra igualita. Y también quiero ser yo el único que hable hasta que haya dicho lo que sé y lo que no.

—Un whisky cargado para el reverendo profesor —dijo Arthur disponiéndose a servirlo—. Continúa, Simon. ¿Qué es lo que sabes, en realidad?

—Empecemos, ¿por qué no?, por la reseña necrológica publicada en el *Times* londinense el lunes siguiente a la muerte de Francis. Es un buen resumen de lo que piensa el mundo, por ahora, de tu difunto tío y la fuente está por encima de toda sospecha.

—¡Ah! ¿Sí? —dijo Maria.

—Que el *Times* certifique la defunción de un canadiense demuestra que se trataba de una persona de talla, de importancia mundial.

—Lo dices como si las páginas de necrológicas del *Times* de Londres fueran el noticiario de la corte del Reino de los Cielos y las escribiera el ángel registrador.

—¡Ah! Pues es buena forma de decirlo. El *Times* de Nueva York publicó una reseña mucho más larga, pero, en realidad, no es lo mismo. Los británicos tienen algunas virtudes curiosas, entre ellas, la de escribir notas necrológicas breves, elegantes y contenidas. Sin embargo, o no sabían algunos detalles que son de dominio público, o bien prefirieron omitirlos. A ver, prestad atención. Voy a poner voz de *The Times*:

SEÑOR FRANCIS CHEGWIDDEN CORNISH

El coleccionista de arte y experto en pintura, Francis Chegwidden Cornish, conocido en todo el mundo, falleció en su domicilio en la ciudad de Toronto (Canadá) el domingo 12 de septiembre, día de su septuagésimo segundo aniversario. Se encontraba solo en el momento de la muerte.

Francis Cornish, con una carrera de más de cuarenta años como experto en arte, principalmente en la esfera del siglo XVI y la pintura manierista, jalonada por una serie de descubrimientos, controversias y enmienda de opiniones largo tiempo sostenidas, tenía fama de disidente y vapuleador en cuestiones de gusto. Su autoridad se cimentaba en un conocimiento excepcional de las técnicas de pintura y un gran dominio del enfoque crítico, relativamente reciente, denominado iconología. Al parecer, también debía mucho a su extraordinaria intuición, de la que hacía gala sin pudor, para mayor mortificación de numerosos expertos de renombre con quienes sostenía controversias incansablemente.

Nació en Blairlogie, una recóndita localidad de Ontario, en 1909, y gozó toda la vida de la libertad que propicia el desahogo económico. Su padre procedía de una antigua y distinguida familia de Cornualles; su madre (McRory, de soltera), era hija de una familia canadiense que había hecho fortuna inicialmente en el sector maderero y, más tarde, en el financiero. Nunca tomó parte en el negocio familiar, si bien éste le proporcionó unos medios que le permitieron sostener sus intuiciones con una bolsa bien provista. Hasta el momento, no se tiene noticia de su última voluntad sobre sus magníficas colecciones.

Fue a la escuela en Canadá y se formó en la Facultad del Corpus Christi (Oxford). A continuación viajó mucho y mantuvo una larga relación de colega y alumno con Tancred Saraceni de Roma, incorporando a su desabrida personalidad, al parecer, algunas de las excentricidades de aquél. Con todo, siempre podría haberse afirmado que, para Francis Cornish, el arte contenía toda la sabiduría de la poesía.